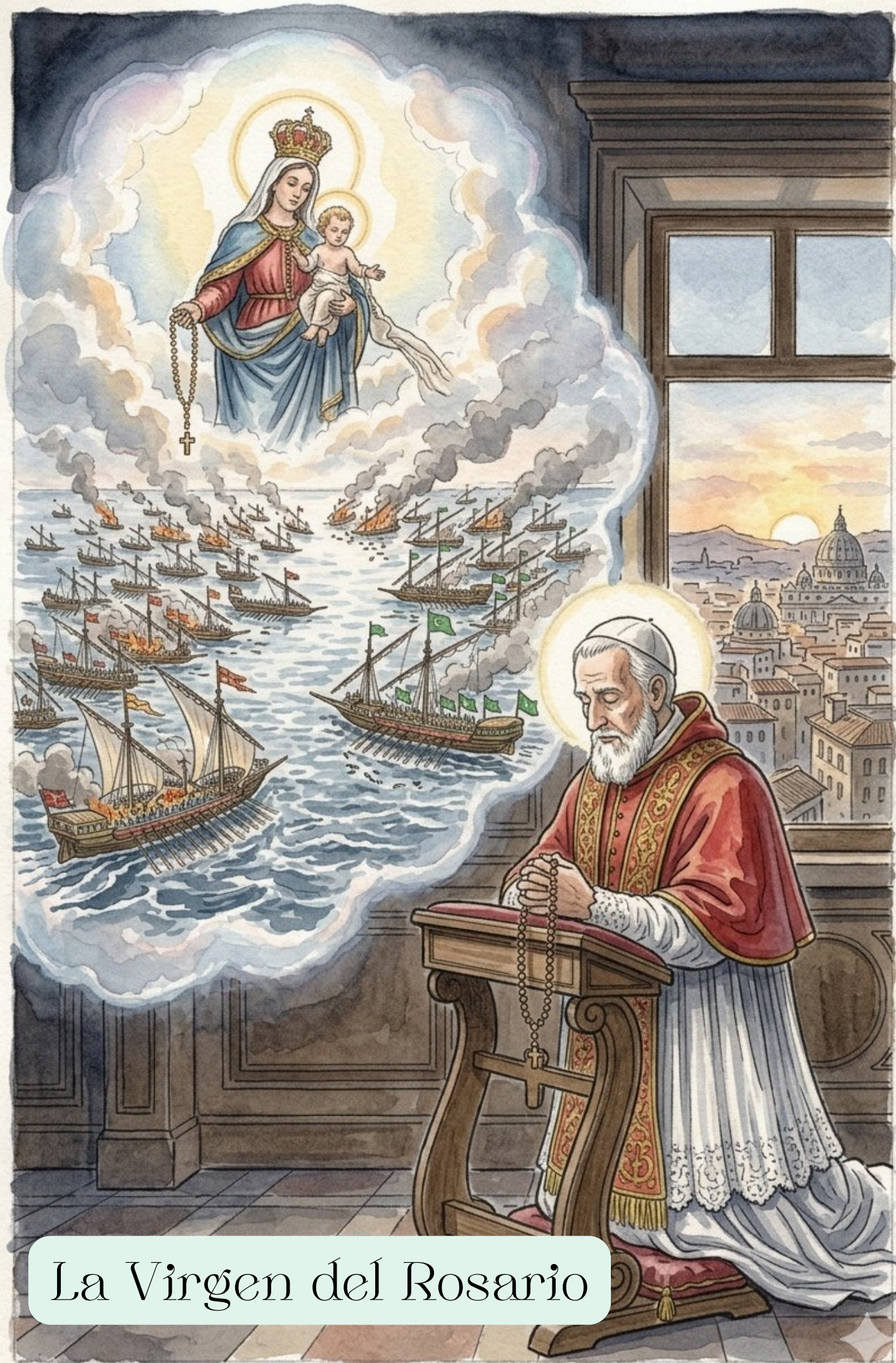




La Virgen del Rosario

Queridos niños, este pequeño libro es para que conozcas las grandes gracias que la Santa Madre de Dios nos ha dado y sigue dándonos cuando rezamos el Santo Rosario



La Batalla de Lepanto

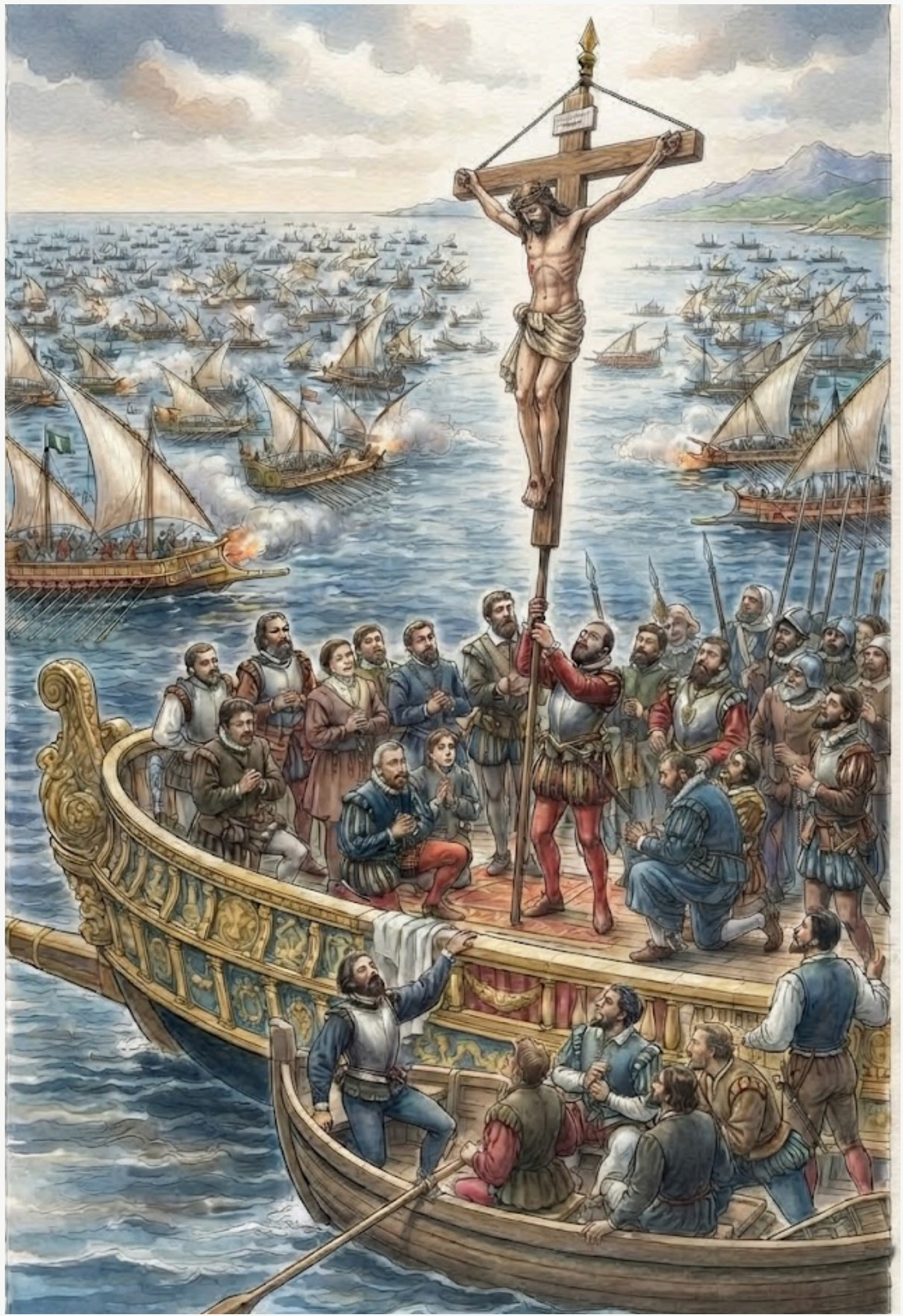


Una batalla en la que muchos cristianos pidieron ayuda a Dios y a su Madre.

Hace muchos años, en el siglo XVI, el mar Mediterráneo era escenario de grandes enfrentamientos. El poderoso Imperio Turco otomano había extendido sus dominios y poseía una enorme flota de barcos. Este imperio, siempre enemigo de los cristianos, quería dominar toda la Europa.

En aquellos años, la isla de Chipre, que pertenecía a Venecia, fue atacada por los turcos. Ante aquella situación, varios pueblos y reinos cristianos decidieron unirse para defenderse.

Así nació la Liga Santa, formada por la Monarquía Hispánica, Venecia, los Estados Pontificios y otros aliados. Al frente de aquella gran flota fue puesto un joven y valiente capitán: **Don Juan de Austria.**



Los barcos se prepararon durante meses. Eran cientos de hombres, marineros y soldados que se disponían a enfrentarse en el mar.

Pero aquella batalla no comenzó solamente con armas y barcos.

Los cristianos llevaban también consigo su fe.

En la flota de la Liga Santa se encontraba con la imagen de Cristo crucificado, que recordaba a todos que debían confiar en Dios y en su Madre.



El 7 de octubre de 1571

Al amanecer del 7 de octubre de 1571, las dos grandes flotas se encontraron cerca del golfo de Lepanto, en las aguas de la actual Grecia.

Por un lado estaban los barcos de la Liga Santa.

Por el otro, la poderosa armada turca.

Durante horas, el mar se llenó de barcos, velas, cañones y hombres que luchaban cuerpo a cuerpo. El barco de don Juan de Austria, llamado Real, se enfrentó al barco principal otomano, la Sultana.

La batalla fue muy dura.

Pero poco a poco la formación turca comenzó a deshacerse. Finalmente, la flota de la Liga Santa consiguió la victoria.

Había terminado una de las batallas navales más importantes de la historia.



DON JUAN DE AUSTRIA, UN JOVEN VALIENTE Y DE GRAN FE

Al frente de aquella enorme flota estaba un joven de apenas veintiséis años: Don Juan de Austria. Era hijo del emperador Carlos V y había sido educado en la corte española. Aunque era joven, ya había demostrado ser un hombre decidido, muy valiente y generoso.

Don Juan sabía que aquella misión era muy importante. Delante de él tenía cientos de barcos y miles de hombres que confiaban en su mando. Pero no quiso quedarse lejos del peligro. Durante la batalla estuvo al frente de sus hombres y participó personalmente en el combate.

Y había algo más que llevaba en el corazón: su fe. En la nave capitana ondeaba la **CRUZ DE CRISTO**, recordándoles que, además de confiar en sus propias fuerzas, debían poner su esperanza en Dios. Ese "Santo Cristo" que llevó Don Juan en Lepanto quedó como un recuerdo de aquella batalla en la Catedral de Barcelona

Así fue entonces el corazón de aquel joven capitán que se puso al frente de la flota y pensó que la victoria no dependía de la fuerza de los barcos, sino de la confianza en Dios y en la de su Madre.



Una victoria que se logró con oración

Para los cristianos de aquella época, Lepanto no fue solamente una victoria militar.

Muchos atribuyeron aquella victoria a la ayuda de Dios y a la intercesión de la Virgen María.

El papa San Pío V había pedido a los cristianos que rezaran el Santo Rosario por la victoria de la flota. El Papa conoció el triunfo de las tropas cristianas por inspiración divina mientras rezaba el Rosario, antes que la noticia de la victoria llegara a Roma. La tradición cuenta que, al conocer lo sucedido, comprendió que aquella victoria debía agradecerse especialmente a la Virgen del Rosario.

Por eso, después de Lepanto, la devoción al Santo Rosario se extendió todavía más entre los cristianos.



¿Y qué podemos aprender nosotros?

La historia de Lepanto nos enseña algo muy sencillo: no debemos olvidar rezar el santo Rosario.

Los hombres que iban en aquellos barcos sabían que tenían que hacer todo lo que estaba en sus manos, pero también sabían que necesitaban la ayuda de Dios y la de su Madre.

Nosotros tampoco debemos pensar que rezar significa quedarnos sin hacer nada.

Primero debemos hacer nuestro deber, esforzarnos, ser valientes y ayudar a los demás.

Y después podemos decir:

«Virgen María, auxilio de los cristianos protégenos en las batallas».

La batalla de Lepanto ocurrió hace muchos siglos, pero su recuerdo quedó unido para muchos cristianos a una enseñanza que sigue siendo actual.

